

Comunión y compromiso

El pasaje evangélico del domingo pasado nos presentaba a Jesús y a sus discípulos intentando retirarse a un lugar solitario para descansar de sus trabajos, plan que se frustra porque al llegar a la otra orilla del lago se acercó a Él una gran cantidad de gente. La mirada de Jesús se posa sobre la multitud que no solo tiene necesidad del pan de la palabra, también del pan que fortalece los cuerpos para soportar el peso de la vida. Sabemos que el número de personas es hiperbólico, solo los hombres eran cinco mil sin contar las mujeres y los niños. Pero, qué significado tiene esta multiplicación de los panes. Ningún evangelista señaló tanto como Juan su carácter eucarístico y corremos el riesgo de quedarnos en la dimensión sacrificial y olvidar otros aspectos muy importantes de la cena del Señor.

A Jesús se le estremecen las entrañas y lo primero que se le ocurre es alimentar aquella gente que andaba desfallecida, se va a compartir lo poco que tienen, y compartiendo se crea fraternidad y comunión, y esto es algo que debemos tener muy presente. La eucaristía no es un acto devocional, es la expresión más profunda de comunión y donación de la comunidad, es donde tiene que nacer el sentimiento más profundo de la justicia y de la solidaridad con los más pobres y oprimidos de la sociedad. Eucaristía y justicia tienen que ir unidas, porque cuando no hay justicia, cuando no se vive de manera solidaria, cuando no se trabaja por cambiar las cosas que hacen crecer la pobreza y la miseria, cuando no se ven los esfuerzos por compartir los problemas de los que sufren, nuestras eucaristías queda vacías de contenido. Y, hoy asistimos atónitos viendo cómo se les quiere cerrar las puertas a los que arriesgan sus vidas para buscar un futuro que les es negado en sus países de origen. Llegan a nuestras costas buscando dignidad para sus vidas, que puedan crecer, vivir, educarse para tener un futuro. No podemos imaginar a Jesús dándoles la espalda a una multitud hambrienta, no solo de palabras da descanso para su corazón, sino también de pan. La multiplicación del pan, según los evangelios caló hondamente en las primeras comunidades cristianas y las eucaristías eran mucho más que una celebración litúrgica, sino que era el momento en que se compartían los bienes, cada uno aportaba su ofrenda para socorrer a los más necesitados. J. A. Pagola en su reflexión sobre el evangelio de este domingo recoge una anécdota curiosa en la que, Cipriano, el obispo de Cartago, reprocha a una rica matrona: «Tus ojos no ven al necesitado y al pobre porque están oscurecidos y cubiertos de una noche negra. Tú eres afortunada y rica. Te imaginas celebrar la cena del Señor sin tener en cuenta la ofrenda. Tú suprimes la parte de la ofrenda que es el pobre.»

No lo olvidemos, el pan ya está multiplicado y si no llega a todos es por puro egoísmo o cuando no es una estrategia de exterminio por el hambre como está ocurriendo en estos momentos en Gaza. El relato de la multiplicación del pan no es solo que comprendamos que Jesús es el Enviado a alimentar al pueblo, sino también es una llamada a aportar lo que cada uno pueda tener para alimentar no solo de pan sino también de justicia.

J. M^a Castillo en su libro *La humanización de Dios*, tiene un largo y denso capítulo en el que trata el tema de Jesús y la comida. Dice lo siguiente: «Si algo le interesa y preocupa a los seres humanos, después de la salud y juntamente con ella, es la

alimentación. Es obvio que quien no se alimenta, enferma y seguramente muere. Pero más allá de esta razón elemental y muy en relación con ella, está el hecho de que, en los evangelios, especialmente en los sinópticos, junto con el problema de la salud y las curaciones de enfermos, el tema más recurrente es el de la alimentación y la comidas. De forma que la sorprendente frecuencia e insistencia, con que estos temas se repiten en los evangelios, nos muestran con sobrada claridad que Jesús se interesó más por la salud y la alimentación que el culto, la liturgia, los rituales religiosos o incluso la oración. Por lo menos es seguro que los recuerdos de Jesús, más y mejor conservaron las primeras comunidades cristianas, fueron los recuerdos relacionados con la salud y la comidas.»

Se tiene insistido durante mucho tiempo en el carácter sacrificial de la eucaristía. Pero hay otros aspectos que hay que resaltar y recordar con fuerza que, la eucaristía, siendo como es la comunión con el cuerpo del Señor, no es menos cierto que también es comunión con los hermanos y hermanas, con sus necesidades más básicas y con sus problemas. Eucaristía y justicia tienen que ir unidas, no nos cansemos de decirlo, porque la eucaristía nos obliga a preguntarnos por el fruto de la comunión con el cuerpo y Sangre de Cristo, con el mundo de la pobreza, la exclusión y marginación. La eucaristía siempre nos tiene que recordar el capítulo 25 de san Mateo en el juicio de las naciones «Tuve hambre y en disteis de comer» o «Tuve hambre y no me disteis de comer.»

El pan de la eucaristía nos alimenta para el amor, porque solo el amor es digno de fe y es el que nos impulsa y nos sostiene en nuestra lucha de ir creciendo en una comunión de solidaridad con los más pobres y perdidos.

<https://www.monasteriodesobrado.org/>